

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

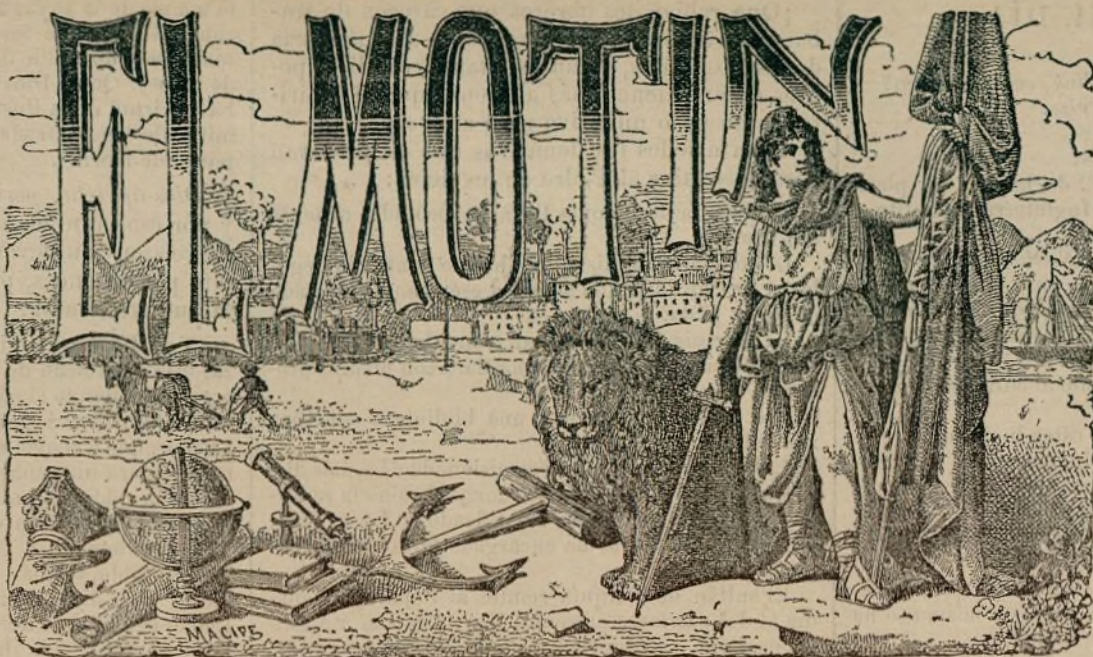
Tres meses.	3
Ses.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO. 0,75	

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

¡OH TEMPORA! ¡OH MORES!

Con el tiempo os habéis de morir.
(Traducción tan libre como novísima.)

¡Aquellas eran familias cristianas! ¡Aquellas eran gentes piadosas! ¡Aquellas eran generaciones educadas en el santo temor de Dios!

Los hijos iban por la calle agarraditos de la mano de sus respectivos papás, hasta los treinta ó más años; las hijas bajaban la vista al suelo en cuanto veían á un hombre, y únicamente se atrevían á levantarla cuando veían á un fraile. ¡Tiempos dichosos! ¡Tiempos felices que cayeron en el abismo del pasado y que no volverán, á pesar de los nobles propósitos de la cle-rencia!

¡Ah! ¡Bien me acuerdo! ¡Qué pujos de fervor los de aquellos creyentes cuando llegaba el tiempo cuaresmal!

Se prohibían en absoluto los bailes públicos (y aun los particulares cuando podían escandalizar á los fieles); se cerraban los teatros de las ciudades, y en los pueblos se perseguía á pederada limpia á los cómicos de la legua que, hostigados por el hambre, se atrevían á anunciar la representación de una comedia, así fuese ésta *El más devoto ladrón* ó *El dichoso carpintero*.

Veíanse las iglesias atestadas de gente; enronquecían frailes y curas gritando desde el púlpito, y los hermanos disciplinantes se reventaban á zurriagazo limpio en San Ginés.

Estos obsequios piadosos que en la oscuridad se prodigaban mutuamente, no siempre eran tan atinados que alguna vez no alcanzasen á cualquier sacristán ó acólito que por necesidad cruzaba el templo en el fragor de la pelea. Como es de suponer, el que recibía un latigazo por equivocación ponía el grito en el cielo, protestando que él no pertenecía á la hermandad.

Por aquellos benditos años andaba yo enamorado hasta la médula de los huesos, no con ese amor egoísta que hoy priva, sino con las nobles aspiraciones y rectos fines que, según los clérigos, debían alimentar los jóvenes que tenían la desgracia de no sentirse con fuerzas para la perfección religiosa.

Era el objeto de mis amores una bordadora en oro que vivía en una casa de la calle de Ministriles, huérfana de padre, chica piadosa, gran devota y muy amantísima de Dios, de su madre (la de ella) y de mí, al parecer.

La piqueta echó por tierra aquella vetusta casa de la calle de Ministriles, pero tan grabada la tengo en mi memoria, que bien pudiera dibujarla con exacto parecido.

Constaba de un solo piso y planta baja. Sobre el arco chato de la puerta había una de

aquellas inscripciones á que tan aficionados eran nuestros abuelos, que decía:

Jesús, María y Joseph.
Aparta, Señor, de mí
lo que me aparte de tí.

Ocupaba el portal el taller de un maestro de obra prima, con quien yo hacía muy buenas migas, pues hablándole de toros y de la Constitución del 12 se ponía más contento que unas Pascuas.

No era así Doña Antonia (mi presunta suegra), á quien tenía que trastear por todo lo realista para captarme sus simpatías.

Hablábame ella de su difunto esposo, que había sido un furibundo partidario del régimen absoluto y un no menos furibundo apaleador de liberales, en las épocas en que mandaban los suyos, por supuesto, pues cuando se cambiaban las tornas y el de las *narizotas* se veía obligado á transigir con los constitucionales, andaba huído el buen señor, refugiándose en casa de algún cura ó en algún convento, asilos por entonces sagrados, y que hasta algunos años después no se atrevieron á franquear los negros.

¡Y cuánto me reventaba aquella Doña Antonia con sus beaterías!

Todas las noches, cuando iba á ver á mi novia (una horita nada más), me hacía rezar el rosario, y entre esto y hablarme de las funciones de iglesia, referirme algún milagro de un Santo y otras agradables pláticas, se pasaba la hora sin que pudiese hablar con la hija más palabras que *¡buenas noches!* al entrar, y *¡hasta mañana, si Dios quiere!* al salir.

El confesor de madre ó hija (que después fué causa de mi rompimiento con ellas) era un tal P. Vicente, del convento de San Cayetano, fraile entrado en años y metido en carnes, calvo, con una enorme nariz colorada como una remolacha, gangoso en el hablar, y que gozaba de gran partido entre las beatas.

Como Doña Antonia se hacía lenguas de la sabiduría del Padre, y siempre me estaba mareando para que fuese á oír uno de sus sermones, una noche tuve la debilidad de acceder á sus exigencias y ofrecer que al siguiente día, en que predicaba el frailuco, las acompañaría, como en efecto así lo hice.

Llegamos al convento. Los clérigos regulares (que éste era el mote de los frailes de San Cayetano) habían echado la casa por la ventana para organizar una función religiosa. Por más que yo había procurado ir muy despacio para estar en la iglesia el menos tiempo que pudiera, Doña Antonia me vino todo el camino metiendo prisa. — ¡Ande usted, hijo, que vamos á llegar tarde! — Por desgracia no sucedió así.

Cuando entramos, estaba empezando la misa; el hermano encargado de manejar el órgano

sudaba la gota gorda aporreando las teclas y los oídos de los fieles con aquella feroz trompetería.

Rompieron á gritar los frailes y, ¡Dios me perdone la tentación! sentí como ganas de tomar el olivo y dejar á Doña Antonia y su hija que se deleitasen con aquel concierto, que á ellas les parecía celestial, pero que se me antojaba de lo más endemoniado del mundo.

Llegó el momento supremo. El P. Vicente subió al púlpito, y ¡bienaventurados los sordos!

En el exordio nos dijo que pensaba dividir el sermón en cuarenta y ocho puntos. — ¡Cuarenta y ocho palos te den! — exclamé mentalmente, medio acometido de un síncope. Había ofrecido ser breve, y, en efecto, no se estuvo más de tres horas charlando.

A todo esto, Doña Antonia me acribillaba á pellizcos, diciéndome:

— ¿Ve usted qué pico? ¿Ve usted qué talento?

— Sí, señora — respondía yo con las lágrimas en los ojos.

Por fin, el sermón terminó y respiré.

Cuando el regular se disponía á bajar de la cátedra sagrada, perdió el equilibrio, y cayó rodando de la manera más irregular del mundo.

Doña Antonia soltó un grito de dolor, al mismo tiempo que yo, sin poderme contener, lancé una estrepitosa carcajada, y me salí del templo, por no prolongar mi profanación involuntaria.

¡Nunca tal hubiera hecho! En cuanto la fervorosa beata se enteró en la sacristía de que el golpe no había tenido más consecuencia que un apabullo nasal, salió á la calle, donde yo estaba esperándola, y hecha un basilisco me dijo que era un hereje, un pillo, un liberal, y no sé cuántos improprios más.

— ¡Reirse de la caída del más santo, del más sabio, del mejor predicador del mundo! ¡Vaya usted enhoramala, y no vuelva á pisar una casa tan cristiana!

Y no pararon allí mis desgracias.

Pasados unos días, la enfurecida beata fué á confesarse y hubo de referir lo sucedido al Padre, al cual me encontré junto á la Trinidad una mañana. Con la mejor buena fe, lleguéme á preguntarle por su salud.

Arremangóse el Padre los manteos, y con los puños crispados quiso pegarme; y como yo me di á la fuga, empezó á gritar: — ¡A ese negro!

Un carnicero realista salió tras mí, cuchilla en mano, y me dió una carrera por la calle de Lavapiés abajo; y con tales ganas corrí, tal miedo era el mío, que, á pesar de los años que han transcurrido, aún me parece que no estoy seguro de las manos de aquel fanático.

¡Y luégo querrán ustedes que no recuerde con gusto aquellos benditísimos tiempos!

JOAQUÍN G. LOSADA.

PLATO DEL DÍA

—¿Qué va usted á darnos hoy, seor cocinero?
—*The Handsome Curate Prize*.
—Y eso ¿con qué se come?
—¡Con alzacuello y bonete!

Sí, señoras y caballeros. El de hoy es un plato clerical, y acaba de llegar de Inglaterra, calentito y humeante.

La *Society Journal of Fact Fiction and Fashion*, revista semanal que se publica en Londres, acaba de idear y convocar un certamen, con el cual andan grandemente sobreexcitadas las devotas de la Gran Bretaña y sacristías adyacentes.

Trátase de otorgar un premio al cura más hermoso del Reino Unido.

¡Lo que no se les ocurre á estos ingleses!...

Hasta ahora, lo que principalmente les interesaba era el mejoramiento de la raza caballar y el perfeccionamiento de la raza canina.

Mejorados ya los jacos y perfeccionados los perros, ha tocado el turno á los curas.

Adviértase que estos curas son curas protestantes, y adviértase también que por esto mismo se ha abierto el certamen de los curas bonitos.

Los nuestros, como célibes, pueden campar—y campan efectivamente—por sus respetos, ó, mejor dicho, por los respetos de los demás.

Pero los clérigos de la Iglesia anglicana que ejercen en las parroquias el cargo de cura—análogo al de nuestros coadjutores—son casi todos sacerdotes jóvenes, casaderos... y sin dote.

Aquí va la convocatoria de la revista londonense: «...Los curas son generalmente estimados y favorecidos, pero mal retribuidos casi siempre. Por lo tanto, proponemos el envío de una letra de cinco libras esterlinas al cura más hermoso de la Iglesia anglicana. El vencedor será designado por el número de votos que resulte de los cupones que se nos envíen con arreglo al modelo adjunto. Publicaremos el resultado de los escrutinios. Los lectores pueden mandar cuantos cupones quieran; aquél cuyo cupón se abra el primero cada semana, durante el plazo de este concurso, recibirá una prima de una libra esterlina.

CUPÓN

DEL PREMIO Á LOS CURAS

El cura más guapo es el de.

(Aquí la firma.)

NOTA. No se publicarán los nombres de aquellos votantes que deseen guardar el incógnito».

¿Qué les parece á ustedes el *Handsome Curate Prize*?

Veinticinco duros de premio y cinco duros de propina no son gran cosa; pero bien puede darse por satisfecho el cura que los gane por su linda cara.

Más vale un rostro bonito que cien sermones.

El ejemplo que nos dan los ingleses—y aquí entra la salsa del plato—no debe pasar desapercibido en nuestra tierra.

Así como en la Gran Bretaña se protege y alienta al cura guapo que ha de buscar mujer y mejorar los productos de la raza, aquí debemos indemnizar al presbítero con quien más avara se haya mostrado la Naturaleza...

¡Un premio al cura más feo de España!

Si allende el paso de Calais se premia al más apto para inspirar pasiones, prémiese aquende el Pirineo al que más garantías nos ofrezca como incapaz para tentar á las devotas.

Tertuliano afirma que Jesucristo no era hermoso, sino de aspecto ingrato, cosa dispuesta por su Divino Padre, á fin de que no ganara las voluntades por el prestigio de la belleza física, sino por el de la hermosura moral.

¿He dicho algo?

Someto la idea á mis queridos compañeros de *El Consultor de los Párrocos* y *El Motín*.

M. DE C.

A esto, que ha publicado *El Liberal*, contestaré en el próximo *Suplemento*.

¡ANDE EL MOVIMIENTO!

Vamos á echar la casa por la ventana con motivo de las bodas de oro del Pontífice.

¡Que rabien los obreros que carecen de trabajo, los enfermos mal atendidos en la mayoría de los hospitales, y tantos y tantos católicos pobres que no tienen más alimento que el espiritual, tan poco nutritivo para el cuerpo!

Veán ustedes los donativos que se preparan para obsequiar al Padre de los fieles:

«La Junta de Bolonia lleva ya recogidas ochenta mil libras.

Los oficiales del disuelto Ejército pontificio regalan á Su Santidad una artística escribanía cincelada de oro y plata.

La diócesis de Nápoles, un trono de oro.

La diócesis de Francia, una tiara con piedras preciosas.

Los católicos alemanes, una biblioteca con diez mil volúmenes.

Los católicos belgas han comisionado á los más distinguidos escritores católicos de aquel reino la redacción del Libro de Oro del Pontificado de León XIII, de cuya impresión se ha encargado la Sociedad Belga de Libreros.

El sultán de Turquía remite al Papa, por conducto del patriarca armenio, Mgr. Azarian, un anillo pastoral, justipreciado en cien mil francos.

Los regalos de España serán de mucha consideración. La diócesis de Tortosa le ofrecerá un magnífico cáliz y doce docenas de cada una de las prendas de ropa que se emplean en la misa.

Barcelona se prepara á estar dignamente representada en la Exposición, á la que han ofrecido un trono de oro.

De Valencia, además de la preciosa estola que se confeccionará con los donativos y piedras preciosas de toda la diócesis, las asociaciones de la capital rivalizan en celo y entusiasmo para acrecentar los donativos.

El Círculo Católico de Obreros de San Vicente Ferrer está construyendo un altar portátil, con su correspondiente tienda de campaña, propio para las misiones.

Además de las piedras preciosas recogidas por la Junta diocesana de Valencia para la estola que ha de ser regalada al Papa, se han recibido las siguientes: de la Ollería, un zafiro; Bufalí, una turquesa; Puebla de Duc, un diamante rosa; Nucía, un diamante; Picaña, una amatista y un topacio; Catarroja, una esmeralda; Olocau, un zafiro; Alboraya, un rubí; Carlet, un diamante; Algine, una amatista; Benifalló, un topacio brasileño; Llombay, una esmeralda; Real de Montroy, una esmeralda; Montserrat, una turquesa; Montroy, un rubí; Beninodo, un ópalo; Montartal, un granate; Caudete, una turquesa; Alfarp, un granate; Puzol, trescientos cincuenta y un reales; Biar, un brillante; Concen-taina, ciento cuarenta y dos reales; San Andrés de Valencia, un escudo de la parroquia, de diamantes, valor dos mil reales; Corvera, cien reales; Santa María de Alcoy, un brillante; Santos Juanes de Valencia, un brillante; San Juan del Hospital, un topacio y una amatista; Almenara, una amatista; Alcalá de Jovada, un diamante rosa; Serra, un brillante; Náquera, un diamante; Vinalesa, un diamante.

Y á este tenor todas las diócesis, asociaciones religiosas, y católicos de rumbo».

En cambio de estos regios regalillos, recibirán los donantes gran cosecha de bendiciones, expedidas, según costumbre, con el anillo del Pescador, cuyo propietario contemplará desde la portería del Cielo tan abundante pesca.

Porque eso sí, dará gusto oírle si compara sus tiempos con los actuales.

SOR PARDOS

No se trata, señores presbíteros, de irse de picos pardos, cosa á que la generalidad de vosotros sois muy aficionados.

Trátase de una sierva del Señor que desde la edad de quince años... (no os encandiléis, pues los tenía allá por 1831) se entregó á una vida de abnegación cristiana, ingresando en la milicia de San Vicente, ó sea en el ramo de Hermanas de la Caridad.

Y ahora veréis qué cosas nos cuenta de ella una revista nea de Zaragoza, que se publica con el permiso de la autoridad eclesiástica, pero sin el del sentido común.

Hablando de las epidemias de 1854 y 1865, dice:

«Como en los grandes peligros es donde se conocen las almas grandes, aquí demostró Sor Casimira

el temple de la suya. No contenta con ejercer la caridad asistiendo á los coléricos en el hospital, fué también al domicilio de los enfermos sin darse punto de reposo. Quiso Dios en esta ocasión poner á prueba la virtud de la ilustre hija de San Vicente, permitiendo que, atacada por la epidemia, estuviese á punto de morir».

Dios aprieta, pero no ahoga, dice el refrán; y por eso, aun cuando permitió que se viese en grave apuro su devota, no quiso que liase el petate por entonces, para que ahora la tal revista pudiera añadir:

«Trataba esta religiosa á Dios con suma franqueza, hija del volcán de amor divino que encerraba su corazón. Cuando el cólera empezó en Zaragoza, fué al oratorio y á grandes voces empezó á gritar: «Señor, que trabajen mucho mis hermanas, pero que no se muera ninguna». Acaeció que en lo más recio de la epidemia, una de las hijas de San Vicente, Sor Benita, que aún vive, cayó enferma de gravedad, y entonces se fué Sor Casimira al oratorio. «¿Es posible, Señor—gritaba,—que faltéis á la palabra? ¿No dije que no se muriera ninguna? Pues ¿cómo es que esta hermana se muere?» Y como si Dios escuchase á la ilustre hija de San Vicente, Sor Benita se restableció, y en la actualidad está perfectamente buena».

De aquí se deduce que la buena Pardos le pedía á Dios cuenta de sus acciones, como diciéndole:

—¡Señor! ¡que me faltáis á la palabra, ni más ni menos que los hombres; quienes, después que prometen y logran, olvidan y se las pisan!

El 16 de Febrero próximo pasado entregó su alma al Señor la bienaventurada.

A mí no me cabía duda de que estaba disfrutando una gloria como para mí deseo, cuando he aquí que el papelucho carca, no teniéndolas todas consigo, me sale por este registro:

«Aunque, piadosamente pensando, Dios habrá premiado sus merecimientos, rogamos encarecidamente á nuestros lectores no olviden en sus oraciones á la ilustre superiora de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, á Sor Casimira Pardos (que en paz descanse)».

¿En ésas andamos ahora? ¿Conque una señora que desde sus quince estuvo al servicio de Dios y del prójimo, no hay seguridad de que haya alcanzado la eterna salvación? ¿Quién entonces podrá con alguna probabilidad creer que se salva, como no sean los redactores de *EL MOTÍN* por el gran servicio que prestan á la causa de Dios, moralizando á sus ministros?

Mucho ojo, presbíteros, pues parece que ahora se hila muy delgado por allá arriba, y si no sois buenos, vais á veros privados de pasar la vida en mi simpática y salerosa compañía.

A enmendarse, por lo tanto.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Murió de repente en Criptana un vecino, honrado á carta cabal, y un *clerippópamo* pariente suyo en grado galgano se arrimó á uno de sus hijos, y con voz doliente y ademán contristado (¡hipócrita!) le dijo que se susurraba que el *parroquidermo* se oponía á la celebración del matrimonio canónico, fundándose en si el difunto había vendido ó dejado de vender en algún tiempo Biblias protestantes.

Afortunadamente un individuo de la familia, persona de ilustración y buen sentido, comprendió el timo que el compadre ensotonado se traía, y díjole que nada importaba aquella determinación, porque se enterraría en el cementerio civil, ya acotado, aunque no construido.

Al ver el *grajo* que se les iban á escapar unos cuartos por una tontería, empezó á proponer medios de arreglo, y efectivamente, el difunto fué acompañado por los *saltatumbas* hasta el propio cementerio, y eso que está un buen paseito de la población.

Es verdad que fueron porque les atizaron ochenta y cuatro reales por andar aquel trechito, abuso que se cortará el día que el cementerio civil esté habilitado; ascendiendo los gastos del entierro, penteras inclusive, y alfombra de primera clase (que no es de primera clase, ni siquiera alfombra) á cuatrocientos cuarenta y seis reales ochenta céntimos.

¡Qué lástima de dinero!, exclamará al llegar aquí el piadoso lector, y con razón sobrada. Pero ¿qué hemos de hacerle mientras ciertas preocupaciones existan y las leyes no amparen eficazmente los derechos del ciudadano?

Enseñanza que se desprende de todo esto:

1.^a Habiendo dinero, hay que reirse de las amenazas y bravatas de los curas, pues se ponen manos como un cabestro en cuando *guipán* una moneda.

Y 2.^a Urge construir en todas las poblaciones cementerios civiles, para evitarse disgustos y ahorrarse gastos.

Esos tipos negros que trabajan para mayor gloria de Dios (?), anduvieron por Jijona haciendo de las suyas.

Apenas tomaron posesión del canasto místico, emprendieron sus acostumbradas peroraciones, ó como se llamen esas cosas que se berrean.

Hicieron el gasto, como es de cajón, los masones, los libre-pensadores, y especialmente los espiritistas.

Lo menos que dijeron de ellos, fué acusarlos de aprovechar sus teorías para convertirse en falsificadores y ladrones.

Un libre-pensador publicó una hoja volante, en que respondía dignamente á las groseras calumnias de los *ignacianos*, sentándoles de paso la mano con un repaso de historia.

¡Nunca tal hiciera! Uno de los Loyolas enristró la péñola y se escribió también su hojita-réplica, en que, so pretexto de salir á la defensa de su Orden, se salió por los cerros de Ubeda.

Queriendo vindicarse de la gravísima acusación de haber sido reprobado y extinguido su instituto por el papa Clemente XIV, dice que éste obedeció á la presión que sobre él ejercían los gobiernos de Carlos III, Luis XV y José de Portugal.

¡Bien parada deja el tal *pater* la dignidad pontificia! ¡Un papa, que debe ser el maestro de la verdad y decirla siempre, aun cuando por ello sufra la persecución y hasta el martirio, humillándose hasta el punto de sancionar un acto así por débiles complacencias con los poderes temporales!

Mal parada sale con esta defensa la Compañía; pero el Pontificado ha recibido un sublime cantazo.

Esto me recuerda el cuento de aquel ciego que acompañaba á un su amigo, y, al ser éste acometido por otro individuo que mal le quería, enarboló el garrote á pretexto de defenderle, y dióle tales palos que le dejó exánime.

Yo no lo he visto, pero la fe me obliga á creer el siguiente milagro recién hechito; como si dijéramos acabado de salir del horno.

El agraciado es un caballero francés, y digo caballero, porque lo es en toda la extensión de la palabra.

¡Como que se ha ganado el pan y aun otras cosas montando caballos en casi todos los hipódromos de España!

Acometido por una parálisis y exhausto de *par-né*, se acogió en el hospital de Huesca, donde, según parece, recibió un especial favor de la Virgen de las Mercedes y varios favores de la Ciencia.

Ello es que curó, y le ha faltado tiempo para abjurar de la religión protestante y hacerse católico.

Así lo dice un periódico local: de público se refiere la cosa más al pormenor.

Dícese que una noche se le apareció la augusta Señora vestida de lana, y le dijo tres veces: ¡*Levántate!*

Lo cual que el enfermo no se levantó, y entonces la Virgen le cogió del pescuezo, lo incorporó, le condujo á la capilla y le regaló un traje por añadidura.

Contábale yo esto á un caballero que anda mal de ropa, y me contestó con todo el fervor de un creyente:

¡Virgen santísima! Si te dignaras aparecer por mi casa, no aguardaría á que me mandaras tres veces levantarme: á la primera ya estaba yo en pie.

En cuatro deberían andar los que dan crédito á semejantes paparruchas.

El juez de Verín (Zamora) es tan católico como gallego, y si esta última cualidad la tiene á mucha honra, no es menor el entusiasmo que siente por la religión. El martes de Carnaval dió esta brava muestra de su fervor piadoso.

Estaba en el Casino divirtiéndose como cada *quisque*, y contemplando las máscaras que en la calle hacían lo mismo, cuando sonó una campanilla y se vió llegar al cura con el disfraz que usan los de la clase al ir á dar la puntilla á los enfermos.

Algún caballero de los que en el Casino estaban, en medio de las inspiraciones del Champagne creyó sin duda que el cura y su acompañamiento eran una nueva mascarada, y hubo de expresar su entusiasmo con una interjección.

El juez que tal oyó, se puso hecho un cura y parece que dijo:

—¡*Eu non pueđu* permitir, como autoridad cons-

tituida que soy, frases que *ufendan* al *sentimientu católicu* de este *pueblu...* y de España, porque España es católica y muy católica!

—¡Pero, señor juez! estamos en una sociedad particular—objetó un individuo.

—¡*Eu* soy juez en todas partes, y calle usted; si no, va usted á la cárcel!

Intervinieron varios socios y quedó zanjado el asunto; pero dícese que la Junta directiva del Casino piensa dar de baja á este caballero tan arrimado á la religión, que á poco más promueve un conflicto mayúsculo.

Para buen humor y temperamento de *búten*, mis correligionarios de Viso del Marqués; y para pescar rabietas, el ciudadano que trabaja de cura en dicha población.

El Miércoles de Ceniza apañaron los libre-pensadores del pueblo un estandarte formado con caricaturas de El Motín y un fétetro en que iba colocada una sardina.

Con tal aparato, y á los acordes de una orquesta que tocaba *El himno de Riego*, *La Marsellesa*, etc., recorrieron las principales calles, y seguidos de unas mil personas se largaron junto á la ermita de San Sebastián, y allí se bailaron con tal alegría, que ya la quisiera el cura de la parroquia.

Una cosa vino á turbar ligeramente la diversión; y he dicho una cosa, por no confundir con las personas á un sacristán que, acaso y sin acaso echadizo por los *sotanas*, cometió una tontería mayúscula, si bien el ilustrado juicio de la concurrencia no hizo aprecio de ella. ¿Quién hace caso de marrachos... digo, de sacristanes?

Así fué, que se divertieron divinamente, en tanto que el *cuervo* parroquial y *cuervillos* satélites echaban los boses de ira.

Mucho se habrán divertido mis amigos de Viso; pero no menos me he divertido yo al saber el disgusto que han dado á los *cleripopótamos*.

¿Cuándo cerraréis esas bocazas, *cucarachas* de Alcalá de Henares, y daréis punto á la tarea que traéis entre manos ó entre pies, de barbarizar contra los que asistieron á la reunión republicana que se celebró en ésa el 13 de Febrero?

Digo esto porque, según parece, os habéis soltado... de lengua, y hasta en cierto oratorio metió uno de vosotros la... hoz por el terreno de las personalidades, insultando groseramente á las señoras que concurrieron á la fiesta.

¡Sed juiciosos, caballeros presbíteros! ¡Os lo ruego por lo que más queréis en este mundo! (Los ochavos y las buenas mozas.) ¿No comprendéis que, atacando al bello sexo, cometéis la mayor de las torpezas humanas?

Suponed por un momento que todas las señoras se coligan, que las amaz desertan de vuestros hogares, que el sexo femenino os declara la guerra... ¿Qué haríais entonces?

El día que no vierais ni una sonrisa amable, ni oyeseis una palabra cariñosa, ni percibieseis el rumor de una falda, los pinares de Cuena no bastarían para ofrecer sostén á las horcas presbiteriales que vuestra desesperación ó vuestro fastidio alzarían para suicidarlos.

Tratábase de dar sepultura en Ronda á un canónigo de Córdoba, y, mientras le cantaban las rondallas místicas, advirtieron los *cuervos* acompañantes que el cochero fúnebre iba cubierto; descubrimiento que no tiene nada de particular, porque todos los de su clase van así.

Empeñáronse los *sotanas* en que se había de descubrir, y comisionaron á un acólito para que se lo exigiera; pero tan grosero estuvo el *mico* clerical en el desempeño de su embajada, que, irritado el cochero, pescó el látigo y le atizó un par de lapsos que le hicieron ver las estrellas.

El *clerichucho* Vela, que vió maltratar á su aprendiz, se puso hecho una fiera, é increpó duramente al cochero amenazándole con abofetearle y quitarle el destino si no se destapaba la cabeza.

El cochero, por que aquello acabara, se descubrió sin administrarle un par de fustazos siquiera, lo cual fué lástima, porque las frases insultantes del cura merecían la misma retribución que las del *chivo* ensotinado.

Te voy á referir, *crego do Merlo* de la Devesa, (Ribadeo), el siguiente episodio *místico-filoxérico* que tuvo lugar en un pueblo de esas inmediaciones.

Trátase de un *clericurda* que pesca unas monas que á Dios le llaman de tú, el cual se presentó hace días á celebrar en un estado tan lamentable, que no acertaba á manejar los chirimbolos del oficio.

Asombráronse los fieles de tamaña torpeza; pero

mucho más cuando, á mitad de la misa, volvió la jeta y preguntó:

—¡Mujeres! ¿He dicho el Credo?

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!—le contestaron algunas beatas.

Y entonces, dirigiéndose al ayudante, exclamó muy satisfecho: ¡Antón, *vota viño!*; ocurrencia que los asistentes celebraron con grandes carcajadas.

¿Qué opinas tú, *crego do Merlo*, de un individuo que pesca tales *merluzas*?

Los alumnos de la Academia de Artillería de Segovia organizaron, con permiso de sus jefes y del gobernador civil, una gran mascarada que representaba *el entierro de la sardina*, con objeto de repartir entre los pobres de la población una gran cantidad de bacalao, sardinas y besugo que iba en varias cureñas.

La escuadra de batidores de estas cureñas llevaba boinas y escobas embreadas. En la exhibición de estas prendas ha creído ver el obispo de la diócesis una profanación y un escarnio á la religión católica, y ha denunciado el hecho á los tribunales.

No sabía yo que las boinas eran emblema de nuestra religión, porque el que muchos curas las hayan usado no prueba que sean una prenda sagrada.

Si así fuera, habría que santificar también el trabuco.

Es costumbre en Peñaranda de Bracamonte celebrar el Miércoles de Ceniza en una pradera inmediata á la villa, donde las gentes bailan y se divierten á sus anchas.

Como á dicha fiesta acuden muchos forasteros de los pueblos cercanos, el cura del de Cantaracillo se plantificó en el camino que conduce á Peñaranda, y empezó á graznar contra los bailarines; y, como no le hicieran caso, se fué persiguiéndolos, charlando *la mar* de tonterías y amenazando con que se iría del pueblo si no le obedecían.

Ante tamaña amenaza, sus feligreses bailaron á más y mejor, y él, á pesar de su promesa, continúa en Cantaracillo, pensando tal vez que, por cuatro saltos más ó menos, no es cosa de perder la ganga que disfruta.

Si alguna persona seria y fidedigna me dijese que existía un cura que guardaba el voto de castidad, despreciaba los bienes terrenales, era humilde, caritativo, etc., no me quedaría tan asombrado como al leer la siguiente noticia, que asegura haber oído *El Baluarte* de Sevilla:

«El cardenal-arzobispo de la archidiócesis ha ofrecido, en un arranque de generosidad, iniciar la lista de suscripción para las bodas del Papa con treinta y siete mil duros».

Han engañado á *El Baluarte*.

A cualquier hora suelta el metropolitano la cantidad susodicha.

Lo que dirá él, y con razón:

—¡Treinta y siete mil duros! ¡Pues si necesito yo un año para ganarlos, es decir, para percibirlos!

¿Que por qué se negó Castellanos, el de Malpartida, á decir la misa de cuerpo presente de una señora de aquella población, sólo porque eran amarillas las dos velas que había en el altar y él exigía que fuesen blancas, exigencia á que hubo que acceder por no armar un escándalo mayúsculo?

No lo sé, ni me explico el horror de ese *sotana* al color amarillo, que tanto gusta en la moneda á los de su clase.

A no ser que la cera blanca se pague más que la amarilla, y las velas quedasen en provecho del presbítero, en cuyo caso comprendería su terquedad perfectamente.

Sin duda para olvidar la dolorosa separación de su ama y desechar la nostalgia del nido, un *cuervo* de Plasencia lucía el día 26 de Febrero, en la estación de desembarco de Bazagona, la *junera* más alegre y más divertida que haya tomado presbítero en *juerga*.

Arrancábase por *peteneras* y *jaleo*, y su *cante* y sus chistes hicieron las delicias de sus compañeros de viaje. No hay para qué añadir que éstos quedarían edificadas con tan notable ejemplo de continencia y compostura.

¿En qué dirán ustedes que se entretuvo un día Joaquinito, *parrocn* de Gaucín?

Pues en asistir á una subasta de corchos, con la sana intención de reventar á varios taponeros á quienes tiene *hincha*, y pujó, y pujó, hasta que hizo subir el precio de los corchos más de mil duros.

No verán ustedes en este rasgo la caridad del *pater*, así como tampoco hubo quien pudiera verle la coronilla, pues la llevaba tapada artificialmente con pelo de no sé qué animalito, muy parecido al suyo.

De paso para Pravia hizo alto en Avilés el coche procedente de la capital. En él venían un *curiana* y dos jovencitas de diez y seis años una, y próximamente veintidós la otra.

La comparsa pidió una habitación para tres personas, y allí se apañaron como Dios les dió á entender, ó contra lo que Dios da á entender, que sería lo más probable.

Esto sucedió el 25 del pasado, día en que, á pesar de ser viernes, pidió el *pater* comida de carne.

¡Carne á la comida, y doble ración de sobrinias después!...

¿Qué dirá el conde de Canga cuando sepa que entre sus paisanos clérigos se crían animales tan carnívoros?

Nota. En la hoja de ruta que llevaba el mayoral, figura Eulogio García Caso con tres asientos.

En la iglesia de San Jerónimo hay muchos cepillos que, á imitación de los *clericerotes*, tienen siempre la boca abierta para pedir cuartos.

Uno de los que están en el referido templo contiene la siguiente algarabía poético-sacro-postulante:

Soy el ángel tu custodia
para mi culto te pido
dame una limosna ahora
que un premio muy merecido
te espera para la gloria.

Para dar el premio debido al fervor del poeta, ruego al ex-cómico de Burgos que incluya en el futuro Código un artículo que ponga coto á estas demasías místico-poéticas.

Y conste que lo siento por Carulla.

Los padres jesuitas dieron en Córdoba unos ejercicios espirituales para señoras solas, y de tal modo se encerraron con las ejercitantes, que á un presbítero que quiso entrar en la iglesia le dieron con la puerta en los hocicos, por lo cual éste publicó un largo comunicado en *La Provincia*, lamentándose del percance.

No se sabe si el desairado olería algo de lo que pasaría allí dentro entre los jesuitas y las señoras, ni si, como es de suponer, una de ellas sería su ama.

Si esto fué así, y lo que le inducía á querer entrar en el templo eran unos celos místicos feroces, su conducta debiera ser imitada por los maridos seglares que tan candorosamente toleran que sus esposas vayan á esos ejercicios á puerta cerrada.

En una parroquia de los alrededores de San Juan de Prendóns existe un prójimo de coronilla pelada, que á buen párroco habrá quien le gane, pero lo que es á bruto, difícilmente.

Esto no quita para que yo no dé crédito á lo que me dicen de que le soltase una bofetada á una joven cuyo padre estaba de cuerpo presente en la iglesia, sólo por haberle preguntado la causa de estar apagadas las velas que para alumbrar el cadáver había costeado.

Porque esto ya no sería ser bruto á secas, sino bruto de solemnidad.

Para sacar cuartos á los inocentes, se pinta solo el *parroquidermo* de Macendo.

Muere un desgraciado, y su familia no puede pagarle la cantidad que exige por el entierro; movido á compasión, se conforma con que le firmen un documento comprometiéndose á abonarle el 24 por 100 mientras no le satisfagan los gastos del entierro.

¡Si será listo el *coronilla*! Nada más que por eso, debería duplicarle las patas la Providencia.

Cara-Ancha, el de las Minas de Riotinto, sigue tan robusto, tan famoso, y más contento que nunca.

Y tiene motivos para estarlo. Los ingleses de las Minas, á pesar de ser protestantes, amplían el templo católico por su cuenta.

De aquí debiera aprender dicho cura á ser tolerante, y no predicar contra los libre-pensadores, en los ratos que le deja libres la agradable ocupación de instruir al bello sexo.

«¡Las cuarenta, y arrastro!» Así decía, ¡oh *parroco* de Villarrubia de Santiago!, un clérigo que allá á principios de siglo tenía la costumbre de irse en casa del sacristán de su parroquia, y entre *sacris*, párroco y teniente se jugaban cada *tute* que estremecía el alma.

Y tanto se había dado al libro de las cuarenta

hojas, que un día, estando celebrando, se volvió hacia los fieles y dijo: «*Dominus vobiscum...* y pintan oros».

SERVICIO TELEGRÁFICO

Oviedo.—*Cuervo* alto, ceñudo, visita frecuentemente viudas y huérfanas guapas, echando párrafos y tomando chocolate á solas.

—Eso de tomar chocolate á solas con viudas y huérfanas bonitas, me escama. Está usted á la mira de lo que resulte.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Morón de la Frontera.—Les ruego, si es posible, que supriman el calificativo *cuervo* que aplican á los *curianas*, pues, como yo me apellido Cuervo, me duele muchísimo que éste sirva para designar á los pajarracos tonsurados.

—Comprendo su disgusto, y siento no poder complacerle, dado que EL MOTÍN aplica ese nombre á los curas porque se adapta divinamente á su carácter y condición.

Negra facha, pico agudo, animal semirretrógrado en sus movimientos, codicioso de la carne como el que más. Me parece que el símil no ofrece duda. Siento mucho, repito, no poder prescindir en absoluto de esta palabra; mas sírvale á usted de satisfacción el saber que aquí no se confunde á los *cuervos* con minúscula y letra bastarda, con los Cuervos con mayúscula y tipo corriente.

Valencia.—El catedrático que explica en esta Universidad la asignatura de *Literatura*, aunque muy ilustrado y recto, es algo ultramontano y predica ideas de los tiempos de Maricastaña. En el libro que ha declarado de texto se describe á Dios y al Diablo, que no parece más sino que el autor se trata con ambos señores.

—No conozco la obra referida, cuyo examen corresponde al Consejo de Instrucción Pública, y en caso necesario á él atañe prohibirla. Por lo demás, si yo estuviera en Valencia, iría á escuchar sus explicaciones, para distraerme un rato. ¡Así que no son divertidos esos cuentos!

Madrid.—¿Sabe usted si los misioneros que estos últimos días han estado de *jolgorio* místico en San Cayetano han soltado muchas tonterías, y si uno de ellos, delicado de olfato, llegó á decir que cuando una joven hermosa, elegante y perfumada se acercaba al confesonario, le horrorizaba porque le oía á infierno?

—No lo sé, porque no tengo la costumbre de entrar en las iglesias; pero si es cierto que tal dijo el *pater*, no estamos conformes en asuntos odoríficos.

A mí las jóvenes guapas y elegantes, perfumadas ó sin perfumar, me huelen á gloria.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La *Revista de los Tribunales*, que dirige el Sr. Romero Girón, nos ha remitido el tomo IX de su *Repertorio de Legislación* correspondiente al finado año, que ha reparado por pliegos á sus suscritores. Contiene, lo mismo que los anteriores, por el orden con que han ido apareciendo en la *Gaceta*, todas las leyes, reales decretos, reales órdenes y demás disposiciones de carácter general.

Esta colección, la más completa de cuantas se publican, ofrece la ventaja, entre otras, de que se reparten todos los sábados las disposiciones publicadas en la *Gaceta* durante la semana, si forman siquiera un pliego de ocho páginas.

También publica en la Sección semanal, en forma de máximas, la Jurisprudencia á medida que va apareciendo en el periódico oficial, á fin de que nada falte á sus suscritores, sin perjuicio de publicar, una vez terminado el año, todas las sentencias ordenadas por materias, formando un tomo con cada una de las secciones de *Jurisprudencia civil, criminal y administrativa*.

En los primeros días del mes entrante remitirá á los suscritores que tengan anticipado el año el tomo de *Jurisprudencia criminal* correspondiente á 1885, y antes de finar aquél, el de la *civil* de 1886.

Se acaba de poner á la venta en la Administración de la *Revista de los Tribunales*, San Bernardo, 50, un librito de 117 páginas que comprende: el Reglamento y programa para los ejercicios de oposiciones á las plazas de auxiliares de la Dirección general de los Registros; el Reglamento del Cuerpo jurídico de la Armada, y el de oposiciones del Jurídico-Militar.—Una peseta.

Hemos recibido el tomo 2.º de la versión castellana que de la *Historia de Grecia*, del profesor alemán Ernesto Curtius, está haciendo nuestro particular amigo Sr. García Moreno, y publican los editores Sres. Garay y Compañía.

Nada hemos de decir del fondo de una obra tan favorablemente juzgada por la Prensa y el público de todos los pueblos cultos, considerándola como una de las más notables que ha producido el ingenio humano, y de cuya lectura pueden sacar provechosas enseñanzas todos los individuos y clases sociales. En cuanto á la forma exterior de la publicación, está esmeradamente impresa y es relativamente económica, pues por cinco pesetas en Madrid y cinco pesetas cincuenta céntimos en provincias

obtendrán los suscritores un tomo de 400 á 500 páginas en 8.º mayor, buen papel y lujosamente encuadernado en tela. La obra constará de ocho tomos.

Los que deseen suscribirse pueden avisar á esta Administración antes del 15 de Marzo, en que se cerrará el plazo para adquirir la obra en esta forma.

Acaba de ponerse á la venta el segundo cuaderno de la interesante obra del Sr. Rodríguez Solís, *Los Guerrilleros de 1808 (historia popular de la guerra de la Independencia)*, en el cual se describe el glorioso alzamiento nacional de 1808, y se presentan los primeros guerrilleros con una riqueza de datos y noticias que merece el mayor elogio.

Se suscribe en casa del autor, Lavapiés, 28 y 30, Madrid, y en las principales librerías de España, á peseta el cuaderno mensual de 96 columnas de impresión, lleno de grabados.

Trata de Blancos.—Drama en tres actos y en verso, original de Leopoldo Cano y Masas.—Madrid, Cedaceiros, 4, 2.º izquierda.—1887.

Esta obra, cuya lectura recomendamos, pues, como todas las de su autor, despierta justificado y grandísimo interés, se halla de venta en las principales librerías.

Cuatro Mujeres (El Médico de las Locas), por X. de Montepín.—Imprenta Popular, á cargo de T. Rey, Plaza del Dos de Mayo, núm. 4.—Madrid, 1887.—Precio, dos pesetas.

Esta preciosa novela se halla de venta en todas las librerías.

La Hija de Miracielos, por Federico de Urrecha, y *La Cuerda del Ahorcado*, por Angel R. Chaves.—Precio, dos pesetas.—Administración, Ruiz, 8, 1.º izquierda.

Son dos interesantes novelas en un tomo, dignas de la reputación de sus autores.

Hemos recibido la *Memoria y Cuenta general del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid*, correspondientes al año de 1886, y adicionadas con algunas noticias sobre los Montes de Piedad y Cajas de Ahorro. Damos las gracias al director-gerente, D. Braulio Antón Ramírez.

El sistema Fröbel, libro dedicado á las madres y los maestros.—Juguetes fröbelianos (Dones).—*El segundo juguete*, por F. Degetau y González.—Imprenta de José Perales y Martínez.—Cabeza, 12, Madrid.—1887.

Se vende al precio de una peseta en las principales librerías.

BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

LOS JESUITAS

Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, envenenamientos y demás pequeñeces cometidas por la célebre Compañía desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoya.—Segunda edición, aumentada con la *Instrucción política*, ó sea la regla que dan á los padres jesuitas en su tercera profesión, para valerse en el mundo con los seglares, valer con todos y no desfallecer jamás.—Precio, dos pesetas.

De venta en esta Administración, y en las principales librerías.

Los suscritores y corresponsales de EL MOTÍN recibirán la obra con el 25 por 100 de rebaja.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE, célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (El Cíntor), escrito en francés por Pigault-Lebrun. Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Precio: una peseta.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4—Plaza del Dos de Mayo—4